

AÑO DE LA LITURGIA 2023
**FORMACIÓN DE
PROCLAMADORES**

**TEMA 1:
LA SAGRADA ESCRITURA
EN LA LITURGIA**

ILUMINACIÓN BÍBLICA

- Texto bíblico: Lucas 4, 16-21
- Meditación.

1. LA PALABRA DE DIOS EN LA LITURGIA

IMPORTANCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA LITURGIA

La Iglesia es la “*Casa de la Palabra*” en cuanto que la acoge y se deja guiar y configurar por ella y también en cuanto que en ella resuena y se actualiza cada día en la Liturgia. En efecto, existe una estrecha relación entre Biblia y Liturgia, pues **“todo acto litúrgico está empapado de la Sagrada Escritura”**. De la Sagrada Escritura “*se toman las lecturas que se explican en la homilía, y los salmos que se cantan; las preces, oraciones y cantos litúrgicos están impregnados de su aliento y su inspiración; de ella reciben su significado las acciones y los signos*”. De este modo, podemos considerar que la liturgia es la misma Biblia transformada en palabra proclamada, orada y actualizada.

De igual modo, la Sagrada Escritura es inspiradora de Liturgia:

- a) La plegaria eucarística se ha ido formulando desde la tradición del gesto realizado por Jesús, según los testimonios bíblicos: “*Y tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo...*”
- b) La estructura de la Eucaristía responde al modelo del encuentro del Resucitado con los dos discípulos de Emaús, narrado por san Lucas: explicación de las Escrituras, a la luz de Cristo Resucitado, y reconocimiento de su presencia viva en el pan bendecido, partido y dado por Él en alimento.
- c) Las aclamaciones, los saludos a la asamblea y los textos de las oraciones están siempre inspirados por la Biblia.
- d) Al igual que en la revelación en la que Dios se comunica a través de gestos y palabras, así también en la Liturgia de la Iglesia, Dios actúa por su Espíritu Santo en la conjunción de gestos y Palabra.

Así, por ejemplo, el gesto en el Bautismo es el agua puesta sobre la frente del que va a ser bautizado y las palabras son “*yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*”. En la Eucaristía el gesto es el pan partido y el vino ofrecido y las palabras son “*esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*”. No hay separación entre lo que Dios dice y hace: su Palabra es siempre viva y eficaz.

DIÁLOGO ENTRE DIOS Y SU PUEBLO

La liturgia es “*el ámbito privilegiado en que Dios nos habla en nuestra vida*”, el lugar donde la Biblia cumple más perfectamente su cometido en la Iglesia: ser palabra eficaz de salvación de parte de Dios para los hombres. La liturgia cristiana tiene la función de poner el texto bíblico en contacto directo con los fieles, abriéndolo a su comprensión y a su actualización. Por este motivo, la Sagrada Escritura tiene que ser siempre comprensible para el pueblo en las celebraciones litúrgicas. Para ello se ha de cuidar bien la formación, buena dicción y entonación de los lectores, así como el buen estado de los medios técnicos, como la megafonía.

Al servicio de este diálogo que se establece en la liturgia entre Dios y su pueblo se encuentra la homilía, reservada siempre al ministro ordenado (obispo, sacerdote o diácono): “*La proclamación litúrgica de la Palabra de Dios, sobre todo en el contexto de la asamblea eucarística, no es tanto un momento de meditación y de catequesis, sino que es el diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza. Hay una valoración especial de la homilía que proviene de su contexto eucarístico, que supera a toda catequesis por ser el momento más alto del diálogo entre Dios y su pueblo, antes de la comunión sacramental. La homilía es un retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo*”.

Etimológicamente la palabra “*homilía*” procede del verbo griego “*homileo*” que significa “*conversar familiarmente*”, no necesariamente en el sentido de “*conversación participada*”, sino en el de un tono familiar que adopta el que habla, en contraposición al de un maestro o de un conferenciante. Su etimología determina su fondo y su forma, que se convierten en paradigma de la tarea evangelizadora.

En cuanto a su contenido, la homilía ha de facilitar un triple diálogo:

- *Diálogo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento*. Todo texto bíblico ha de ser leído y comprendido a la luz del conjunto de la revelación. Un texto no puede ser aislado de su conjunto. De fondo se

encuentra la unidad de la Sagrada Escritura, consecuencia directa de su origen divino: tiene un único Autor divino que ha inspirado a todos los autores humanos; a lo largo de todos los libros sagrados se va desplegando un único y mismo plan de salvación; hay un único Mediador y plenitud de toda la revelación, Cristo.

- *Diálogo con el sacramento.* La homilía busca enlazar la Palabra de Dios proclamada con el sacramento que se celebra. Por ello, la homilía no sólo parte de los pasajes bíblicos proclamados, sino también puede partir de las oraciones de la celebración litúrgica, que, por otra parte, se inspiran igualmente en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia. La homilía ha de tener también en cuenta el ritmo del año litúrgico en sus tiempos (Adviento, Navidad, Cuaresma, Triduo Sacro, Pascua, tiempo ordinario) y en sus fiestas (de la Santísima Virgen y de los santos). Así, la homilía debe ayudar a introducir a los fieles, imbuidos en muchas ocasiones del ritmo frenético del mundo, a vivir según el ritmo de la liturgia, según Dios.

- *Diálogo con el hoy.* La homilía busca también actualizar en la historia y en la vida de los fieles la Palabra de Dios proclamada y celebrada en la liturgia. La homilía ha de exhortar a descubrir lo que nos dice hoy la Palabra de Dios, cómo se aplica a nuestra vida el mensaje que se acaba de escuchar en las lecturas y lo celebrado en la liturgia.

Este aspecto de la homilía exige que el que predica o anuncia el evangelio conozca a la comunidad y su situación, estando en sintonía con la comunidad concreta y lo que está viviendo en el momento actual de su historia: *“Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo”*. Este conocimiento de la comunidad debe ir acompañado de amor. El sacerdote debe amar a su comunidad como Cristo ama a su iglesia: debe aceptarla tal como es, no como quisiera que fuera. Y no sólo a los que, de alguna manera, responden bien y le son cercanos, sino también a los más alejados.

En cuanto a su fondo, la homilía, a manera de *conversación familiar*, debe evitar toda agresividad, ironía y tono de riña. Más aún, debe adoptar el tono de *“conversación de una madre... en clave de dialecto materno (cf. 2 Mac 7,21.27), y así el corazón se dispone a escuchar mejor. Esta lengua es un tono que transmite ánimo, aliento, fuerza, impulso... Este ámbito materno-elesial en el que se desarrolla el diálogo del Señor con su pueblo debe favorecerse y cultivarse mediante la cercanía cordial del predicador, la calidez de su tono de voz, la mansedumbre del estilo de sus frases, la alegría de sus gestos. Aun las veces que la homilía resulte algo*

aburrida, si está presente este espíritu materno-elesial, siempre será fecunda, así como los aburridos consejos de una madre dan fruto con el tiempo en el corazón de los hijos”.

Esto no significa que la predicación de la Palabra de Dios olvide su dimensión profética, corrija, llame a la conversión... Pero ha de hacerse como lo hace una madre: poniendo por delante su amor y deseando el bien de sus hijos.

Preguntas

- ¿Hago de la Palabra de Dios la savia que nutre toda mi vida: mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, mis decisiones...?
- ¿Cómo poder darle más protagonismo en mi vida?

2. LA LITURGIA DE LA PALABRA

Una novedad del Vaticano II es la introducción en todos los sacramentos y sacramentales de la Liturgia de la Palabra. Pero es, sobre todo, en el contexto de la celebración de la Misa, donde ha adquirido un subrayado más alto. La Liturgia de la Palabra nos introduce de un modo más profundo en la entrega del Señor en el altar y esta entrega, que podemos masticar, nos hace comprender mejor su Palabra.

FORMAS DE CELEBRACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

I. Las celebraciones de la Palabra

La exhortación postsinodal *Verbum Domini* subraya la importancia de promover en nuestras comunidades celebraciones de la Palabra que favorecen el encuentro con el Señor. Sobre todo, en torno a la Eucaristía dominical y así como en los tiempos destacados del año litúrgico (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua).

La misma exhortación señala la importancia de esta Liturgia de la Palabra en comunidades que, por desgracia, no tienen sacerdotes que celebren la Eucaristía. Se hace, si cabe, más necesaria dicha celebración, y en ella se ha de pedir el don de la vocación sacerdotal.

Asimismo, señala las fiestas, peregrinaciones y todo lo que concierne a la piedad popular como ocasión propicia para esta celebración, que nunca ha de confundirse con la Eucaristía. Todas estas celebraciones nos ayudan a dejarnos penetrar por esta Palabra, sitiando al Resucitado en el centro de nuestra vida.

II. La liturgia de la Palabra en la Misa y en los sacramentos

Hay una relación estrechísima entre Palabra y acción sacramental. La historia de salvación de Dios con el hombre está entrelazada de palabras y obras intrínsecamente relacionadas. La palabra y los gestos en las acciones sacramentales también los están. Así la *Verbum Domini* nos habla del *carácter performativo* de la Palabra de Dios:

“En la relación entre Palabra y gesto sacramental se muestra en forma litúrgica el actuar propio de Dios en la historia a través del *carácter performativo* de la Palabra misma. En efecto, en la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios dice y lo que hace; su Palabra misma se manifiesta como viva y eficaz (cf. Hb 4,12), como indica, por lo demás, el sentido mismo de la expresión hebrea *dabar*. Igualmente, en la acción litúrgica estamos ante su Palabra que realiza lo que dice. Cuando se educa al Pueblo de Dios a descubrir el *carácter performativo* de la Palabra de Dios en la liturgia, se le ayuda también a percibir el actuar de Dios en la historia de la salvación y en la vida personal de cada miembro”.

La Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística van íntimamente unidas. «Conviene, por tanto, tener siempre en cuenta que la Palabra de Dios leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia conduce, por decirlo así, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la Eucaristía, como a su fin propio». La recepción de la Eucaristía nos ayuda a comprender la Palabra de Dios y esta ilumina la entrega del Señor por nosotros en el altar del sacrificio. Su unión es fuerte e indisoluble.

Hay dos textos que subrayan esta afirmación. El primero es el discurso del Pan de vida, pronunciado por Jesús en Cafarnaúm; el segundo es el pasaje de los discípulos de Emaús, en el que el Señor Resucitado se aparece a aquellos en el camino. Ambos textos son citados por Benedicto XVI en *Verbum Domini*.

San Juan en el capítulo 6 nos hablará precisamente de esta doble dimensión. Hasta el versículo 50 el discurso de pan de vida se refiere a un sentido espiritual de comer el pan vivo bajado del cielo con el que Cristo se identifica (Jn 6,31-51). Sería una asimilación interior de la misma Palabra-Logos del que san Juan habla en el capítulo 1: El logos se hizo carne, vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, pero a cuantos le recibieron les da poder para ser hijos de Dios si creen en su nombre. A partir del versículo 51 (*el que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi propio cuerpo*) hay un punto de inflexión, que supone el escándalo para no pocos de los que han seguido hasta ahora al Maestro (v.52). Este versículo da lugar a la

segunda parte (Jn 6,51-58). El verbo que utiliza San Juan es masticar (*trógein*) en un sentido realista del término. Cristo es la Palabra ciertamente que hay que escuchar para tener vida, pero además es la carne que hay que comer para encontrar la vida eterna. En San Juan la Eucaristía es, ante todo, memorial de la Encarnación. No en vano, San Ignacio de Antioquia frente a los docetas sostenía la verdad de la Encarnación, pues sin esta no hay posibilidad de sostener la Eucaristía.

San Lucas, de igual modo, establece esta doble mesa en aquellos discípulos desconcertados que abandonan Jerusalén. Ambos, en la medida en que se alejan del cenáculo, van entrando en las tinieblas de su corazón. Jesús se hace el encontradizo y les hace entender cuanto a Él se refería a en toda la Escritura, comenzando por Ley siguiendo por los profetas (v. 27). El momento final de la jornada viene caracterizado por una invitación al cordial peregrino para que se quede junto a ellos. La mañana ha llegado al ocaso, mientras que la noche interior ha tornado claridad. Cristo accede y al partir el pan le reconocen (v. 35). Mesa de la Palabra, mesa eucarística.

2.1. ELEMENTOS DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

En las lecturas se dispone la mesa de la Palabra de Dios a los fieles y se les abren los tesoros bíblicos. No es lícito sustituir las lecturas y el salmo responsorial, que contienen la palabra de Dios, por otros textos no bíblicos.

Sería muy interesante que la monición sea breve y muestre en un par de líneas el hilo conductor que recorre AT-NT, para darnos la clave de escucha. La Ordenación del Misal Romano (OGMR) propone una breve monición por parte del presbítero para situar la proclamación, pero nunca ha de reproducir los textos que nos disponemos a escuchar. Vamos a describir los elementos de la Liturgia de la Palabra:

I. Lecturas bíblicas: La Liturgia de la Palabra consta de la proclamación de las lecturas bíblicas en este orden: Antiguo Testamento (el profeta), salmo responsorial, Nuevo Testamento (el apóstol) y Evangelio. Según el rango litúrgico se proclamarán las tres señaladas (Domingos, solemnidades y fiestas "solemnizadas". Han de hacerse estrictamente). En las fiestas y ferias se proclaman dos, la primera (AT o NT), salmo responsorial y Evangelio.

La Liturgia de la Palabra tiene siempre un hilo conductor entre la palabra veterotestamentaria y el Evangelio mostrando así la unidad entre AT-NT. La Profecía apunta al vértice de la proclamación que es

Cristo Resucitado, en quien toda Escritura halla su cumplimiento definitivo.

El salmo responsorial, que por naturaleza está destinado al canto, también mira hacia Cristo. La Liturgia pone en nuestros labios esta palabra divina, que toda ella se refiere a Cristo, el más bello de todos los hombres. El estribillo quiere como reproducir en nosotros la respiración divina, calando en todos nuestros sentidos interiores la enseñanza que cada día Dios nos dirige.

La lectura denominada Apóstol, generalmente está tomada del apóstol Pablo, aunque puede tomarse - como ya veremos- del Libro de los Hechos, del Apocalipsis u otra de las cartas católicas. Normalmente son exhortaciones pastorales que afectan a la vida de las distintas comunidades a las que se dirigen y que evidencian en su proclamación la vida nueva que Cristo nos propone en su Evangelio.

Toda la Liturgia de la Palabra está en una tensión ascendente de cumplimiento hasta llegar al Evangelio. El Evangelio es procesionado desde el altar al ambón precedido por el incensario y custodiado por ciriales, una vez puesto sobre el ambón, el ministro lo signa, incienso, canta y besa. Todos estos gestos realizados sobre él muestran la importancia del libro, que contiene al mismo Jesucristo, Verbo de Dios. Todos permanecemos en pie, como el Resucitado siempre lo está: Eterno Viviente que intercede por nosotros. El obispo, al final de la proclamación, puede bendecir con el Evangeliario, que será depositado sobre el ambón.

II. Las aclamaciones antes del Evangelio: Precede siempre a la proclamación del Evangelio el canto del aleluya (excepto en Cuaresma) o la aclamación al mismo (Cuaresma) que acompaña la procesión con el Evangeliario que hasta este momento se encontraba sobre el altar. Si no se canta puede omitirse. Constituye una aclamación solemne de todo el pueblo de Dios que recibe a Cristo, a quien reconoce y profesa verdaderamente presente en su Palabra.

III. La homilía: Los sacerdotes tienen un compromiso fuerte asumido el día de su ordenación, el de preparar con dedicación la exposición de la Palabra de Dios al pueblo a ellos confiado. Benedicto XVI insistió a en la importancia de este ministerio. Asimismo, el Papa Francisco da unas instrucciones muy precisas.

La homilía es parte de la liturgia, y muy recomendada, por ser necesaria para alimentar la vida cristiana. Conviene que sea una explicación de algún aspecto particular de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o del Propio de la misa del día, teniendo presente el misterio que se celebra y las particulares necesidades de los oyentes.

La homilía la pronuncia ordinariamente el sacerdote celebrante o un sacerdote concelebrante a quien este se la encargue o, a veces, según la oportunidad, también el diácono, pero nunca un fiel laico. En casos peculiares y con una causa justa pueden pronunciarla también un obispo o un presbítero que asisten a la celebración y no pueden concelebrar.

Los domingos y fiestas de precepto ha de haber homilía, y no se puede omitir sin causa grave en ninguna de las misas que se celebran con asistencia del pueblo; los demás días se recomienda, sobre todo, en las ferias de Adviento, Cuaresma y tiempo pascual, y también en otras fiestas y ocasiones en que el pueblo acude en mayor número a la iglesia.

Tras la homilía, es oportuno guardar un breve espacio de silencio.

IV. La profesión de fe: El Símbolo o profesión de fe, dentro de la Misa, cuando las rúbricas lo prescriben, tiene como finalidad que la asamblea reunida dé su asentimiento y su respuesta a la palabra de Dios oída en las lecturas y en la homilía, y traiga a su memoria, antes de empezar la celebración del misterio de la fe en la eucaristía, la norma de su fe, según la forma aprobada por la Iglesia.

V. La oración de los fieles: La OGMR expresa con claridad el sentido de esta oración. Después de alimentar la fe por medio de la Palabra y profesarla en el Credo, los fieles ejercen su sacerdocio bautismal elevando a Dios súplicas por todos.

Se trata de un segmento de la celebración que ha sido introducido por la reforma litúrgica del Vaticano II y cuyo modelo se encuentra en la antigua oración universal de la liturgia del Viernes Santo. Se denomina oración de los fieles no a las intenciones que van siendo presentadas, sino a la respuesta o silencio común de los fieles que se unen unánimes a dicha petición en pie. Se ofrece un modelo y un orden de intenciones a la hora de ser presentadas:

- a) por las necesidades de la iglesia;
- b) por los que gobiernan las naciones y por la salvación del mundo;
- c) por los que padecen cualquier dificultad;
- d) por la comunidad local. Sin embargo, en alguna celebración particular, como en la confirmación, el matrimonio o las exequias, el orden de las intenciones puede amoldarse mejor a la ocasión concreta.

Corresponde al sacerdote dirigir esta oración desde la sede, abriendo y cerrando dicho segmento (con manos extendidas este último momento). Las intenciones han

de ser presentadas por un diácono, lector u otro fiel laico. Aunque se permite hacerlo desde el ambón es muy recomendable hacerlo desde otro lugar apropiado.

3. EL LUGAR DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

El lugar de la liturgia de la Palabra es el ambón. Se trata de un lugar exclusivo para este fin y constituye la primera mesa de la celebración de la Misa. Más adelante hablaremos del lugar, pero es importante destacar no solo la dignidad del mismo, sino la clave en la que se ha de realizar todo este segmento litúrgico que acontece en él. Se trata del silencio.

Toda la liturgia de la Palabra ha de desarrollarse en un clima de silencio. Nos parece, equivocadamente, un vacío en nuestras celebraciones. Sin embargo, el silencio es liturgia, es tiempo de salvación, donde el Espíritu Santo transforma y eleva el corazón de cada fiel.

Así recuerda la Ordenación del Leccionario que *“la liturgia de la palabra debe celebrarse de tal manera que favorezca la meditación; por eso, se ha de evitar toda clase de prisa, que impide el recogimiento. El diálogo entre Dios y los hombres, que se realiza con la ayuda del Espíritu Santo, requiere breves momentos de silencio, adecuados a la asamblea presente, para que en ellos la palabra de Dios sea acogida interiormente y se prepare una respuesta por medio de la oración. Pueden guardarse estos momentos de silencio, por ejemplo, antes de comenzar la liturgia de la palabra, después de la primera y la segunda lectura y al terminar la homilía”*.

I. Significado del ambón: El ambón es el lugar de la proclamación de la Palabra de Dios. Ha de ser un lugar elevado, fijo, adecuadamente dispuesto y con la debida nobleza, que al mismo tiempo responda a la dignidad de la palabra de Dios y recuerde a los fieles que en la Misa se prepara la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo, y que ayude lo mejor posible a que los fieles oigan bien y atiendan durante la liturgia de la palabra. Por eso se ha de procurar, según la estructura de cada Iglesia, que haya una íntima proporción y armonía entre el ambón y el altar.

Lo ideal es que fuera del mismo material que el altar y la sede para destacar la unidad de estos tres lugares celebrativos, que hacen referencia a Cristo, a sus tres presencias y al triple *munus* que ha confiado a sus ministros.

Tres lugares que hablan de Cristo y su presencia: en la sede, a través de la persona del sacerdote, que actúa

en su nombre; en el ambón, donde Cristo resucitado se vuelve a verter sobre nuestros sentidos interiores por medio de la Palabra proclamada; en el altar, donde se hace presente en su Cuerpo entregado y Sangre derramada. Asimismo, evidencian el triple *munus* sacerdotal: sede: gobierno y guía; ambón: enseñanza; altar: santificación.

II. Ambón y leccionario: El lugar del leccionario es el ambón, donde la Palabra que contiene es proclamada. El ambón no ha de ser una estantería de los leccionarios que no se están utilizando en la celebración.

Entre los ritos de la liturgia de la palabra hay que tener en cuenta la veneración especial debida a la lectura del Evangelio. Cuando se dispone de un evangeliario, que en los ritos de entrada haya sido llevado procesionalmente por un diácono o por un lector, es muy conveniente que ese mismo libro sea tomado del altar por el diácono o, si no lo hay, por un sacerdote y sea llevado al ambón, acompañado de los ministros que llevan velas e incienso o con otros signos de veneración, conforme a lo que se acostumbre. Los fieles están de pie y veneran el libro de los Evangelios con sus aclamaciones al Señor. El diácono que va a anunciar el Evangelio, inclinado ante el presidente de la asamblea, pide y recibe la bendición. En caso de que no haya diácono, el sacerdote se inclina ante el altar y dice en secreto la oración: *Purifica, Señor, mi corazón y mis labios para que anuncie dignamente tu Evangelio*.

En el ambón, el que proclama el Evangelio saluda a los fieles, que están de pie, lee el título de la lectura, se signa en la frente, en la boca y en el pecho; a continuación, si se utiliza incienso, incienso el libro y finalmente lee el Evangelio. Al terminar, besa el libro, diciendo en secreto las palabras prescritas.

El saludo, el anuncio Lectura del santo Evangelio, y Palabra de Dios al terminar, es bueno que se canten, para que el pueblo, a su vez, pueda aclamar del mismo modo, aun cuando el Evangelio solamente se haya leído. De esta manera se expresa la importancia de la lectura evangélica y se promueve la fe de los oyentes.



RECUERDEN

Nuestra segunda jornada formativa será el 9 de Septiembre.